

El crepúsculo de la pasión, en "Hay quien prefiere las ortigas" de Junichirô Tanizaki.

Orlando Betancor

Universidad de La Laguna, España

Resumen

Esta fascinante novela, situada en el Japón de finales de la década de los años 20, narra el fracaso de una unión matrimonial, cuyos miembros, originarios de Tokio y pertenecientes a la clase acomodada, han dejado de sentir atracción física el uno por el otro y mantienen relaciones sentimentales con otras personas, pero que por debilidad e indecisión se muestran incapaces de acordar los términos de un divorcio que se vislumbra como la solución inevitable ante esta situación de desamor.

Palabras claves: *Junichirô Tanizaki, narrativa japonesa, matrimonio, desamor, indecisión*

Introducción

La novela *Hay quien prefiere las ortigas* (Tade kuu mushi) fue publicada por el escritor y ensayista japonés Junichirô Tanizaki en 1929. Este libro, considerado una de las mejores obras de este autor, narra el ocaso de una unión matrimonial, cuyos miembros han dejado de atraerse físicamente y mantienen relaciones paralelas con otras personas, pero que por cobardía e indecisión no desean enfrentarse a la disolución de un vínculo que existe únicamente de nombre. Su relación se ha convertido en una mera representación teatral donde los esposos interpretan los papeles principales de este particular drama. Éstos son simples compañeros de viaje, abrumados por rígidos y caducos convencionalismos, que desean guardar las apariencias ante los ojos de la sociedad. En esta farsa, cada uno lleva puesta su propia máscara ante el espejo del mundo para poder desempeñar su rol de forma magistral. Ellos van posponiendo continuamente la decisión que acabe con esta desdichada situación con meras excusas y pretextos, que ocultan sus miedos y sus profundas inseguridades. Asimismo, en la crónica de este naufragio, los esposos analizan

cuidadosamente los posibles efectos que su ruptura causará a los que les rodean, especialmente a su hijo pequeño.

Esta novela, de tintes autobiográficos, refleja similares circunstancias personales a las vividas por el propio novelista que se divorció de su primera esposa en 1930. Igualmente, muestra la gradual transformación en la percepción de los valores tradicionales característicos de Japón por parte de este autor, a los que anteriormente había rechazado en sus primeros escritos, tras su cambio de residencia desde Tokio a la región de Kansai¹ después del gran terremoto de 1923. Precisamente, esta obra presenta un tema recurrente en la producción literaria de este escritor: la difícil coexistencia entre las ancestrales costumbres japonesas y las novedosas tendencias importadas de Occidente. La pervivencia de las antiguas tradiciones del país del Sol Naciente está representada por las figuras del suegro del protagonista y su joven concubina y la presencia de los nuevos tiempos está simbolizada en la imagen de los esposos, Kaname y Misako. Asimismo, este libro aborda diferentes aspectos como son la falta de determinación, la incomunicación, el desamor, el erotismo y la extinción del deseo.

El ocaso de la pasión

En este recorrido por el crepúsculo de la pasión encontramos a Kaname, el protagonista de esta historia, un hombre indeciso y atormentado que duda constantemente ante la idea de disolver su matrimonio. Se siente sometido bajo este yugo, el cual le produce una auténtica congoja interior. Asimismo, la atracción sexual por su mujer se acaba poco tiempo después de su boda. A partir de ese momento, va apartando lentamente a su pareja de su lado, relegándola a un lugar secundario, mientras la incomunicación se interpone entre ellos como un muro de cristal, aislando a cada uno en su propia soledad. En estos diez años de vida en común, él había disfrutado de la pasión con otras mujeres, mientras su esposa aguardaba en silencio, llena de dolor y de amargura, una reacción de su marido para salvar una unión condenada al fracaso desde el principio.

El protagonista ansía recuperar su libertad y escapar de sus responsabilidades, pero se muestra cobarde y lleno de dudas, aplazando constantemente una resolución inevitable. Desde un principio, este hombre prefiere esconderse en su particular concha de caracol a enfrentarse a este dilema, pues le preocupan demasiado las apariencias y la opinión de los demás: “A Kaname le faltaba valor para imponer su matrimonio a la sociedad como ejemplo y modelo de una nueva moralidad, de un futuro libre de prejuicios. Se daba cuenta de que era una situación dura y difícil y su conciencia se rebelaba ante el pensamiento de que un día tendría que defenderse a sí mismo; le gustaba muy poco la idea de tener que salirse de su camino y colocarse ante una situación dudosa. Prefería vivir apaciblemente, discretamente, sin deshonorar a sus antepasados, como miembro de la clase acomodada -un miembro algo al margen, pero que todavía pertenecía a ella- disponiendo del capital, algo mermado, que había dejado su padre y ostentando el título nominal de director del negocio paterno”. Con el tiempo, su mujer, ante este clima de desamor, deja de sentir atracción física por su marido: “Casi siempre que salían juntos adoptaban actitudes similares. Si Hiroshi estaba con ellos era distinto, pero si iban solos, el hecho de sentir cada uno la cálida proximidad del otro se les antojaba algo más que incómoda, les parecía incluso inmoral. Cada uno, por su parte, esperaba que el otro tomase asiento para ir a ocupar entonces el de enfrente. Para prevenir el peligro que suponía el que sus miradas se encontrasen, Misako llevaba siempre algo para leer y en cuanto se sentaba levantaba un tabique ante sus ojos”.

Por otro lado, la relación entre Kaname y su esposa es oscura y confusa, pues ninguno de los dos se decide a dar el primer paso para concluir con esta desdichada situación. Los miembros de la pareja, convertidos en meros compañeros de una misma vivienda, han llegado a un acuerdo tácito para vivir su vida de forma independiente y elegir sus propias amistades. Ellos eran libres de hacer lo que quisieran, dentro de unos límites, evitando siempre levantar un escándalo. Un buen día, su mujer, cansada de su indiferencia y su insensibilidad, encuentra un nuevo amor. El protagonista se siente liberado del peso de la culpa y se muestra comprensivo ante la presencia en sus vidas de un extraño: “(...) Únicamente, en vista de que no era capaz de amar a Misako como una esposa debe

ser amada, había rogado, había casi acariciado el sueño, de que otro pudiese querer a aquella triste mujer, tan digna de compasión”. Su unión se transforma en una relación abierta donde el concepto de adulterio, como se concibe socialmente, carecía de sentido. Este hombre se muestra indiferente ante el amor ilícito que mantiene su esposa y se comporta con absoluta frialdad tras conocer la existencia de un tercero en discordia: “Ni después de la confesión intentó Kaname arrojar a su mujer en brazos de Aso. Se limitó a demostrar que no iba a hacer uso del derecho que tenía a condenar aquellos amores y que fuera cual fuere el rumbo que tomaran las cosas, él se mantendría al margen. Pero fue probablemente esa abstención del marido lo que indujo a Misako a estrechar sus relaciones con Aso. Lo que ella hubiese deseado del esposo no era ni comprensión, ni consideración, ni generosidad...”. Kaname se da un plazo de dos años para observar la evolución de esta relación y comprobar si los amantes eran compatibles entre sí para establecer un futuro en común y plantear después su divorcio. Si esta particular experiencia no fructificara, ella permanecería junto a su marido. En el caso de que su mujer volviera a casarse, el protagonista los consideraría a ambos como dos buenos amigos. Además, ha llegado al convencimiento de que él y su esposa se sentirán liberados cuando desaten sus vínculos y que, por una ironía del destino, llegarían a compenetrarse mejor que nunca, desterrando la ira y la amargura de sus vidas. En este estudiado plan, sus integrantes deberían mantenerse cautos para evitar levantar todo tipo de sospechas. Forman un complejo triángulo sentimental, donde todos son conscientes y partícipes de una singular mascarada. Kaname conoce incluso personalmente a su supuesto rival, que le ha liberado de la obligación de amar a su esposa, y lo considera un hombre honesto. Tampoco, veía la razón de romper el contacto con su antigua consorte cuando hubiera contraído nuevas nupcias, dentro de una relación cordial y civilizada, por el bien de su hijo. El protagonista y su mujer se muestran débiles y tienen miedo de terminar con sus antiguas ataduras: “(...) Kaname y Misako eran cobardes y no tenían por qué avergonzarse de ello; trataban simplemente de acomodarse lo mejor posible a su modo de ser y de sacarle el mayor partido”. Ante esta falta de afecto, la única solución que les quedaba era disolver su unión, pero sienten temor ante las incertidumbres del futuro: “Sabían que el divorcio era la mejor alternativa, pero no tenían suficiente valor para proponerlo y

cada uno se sentía incapaz de afrontar la propia debilidad". Una vez llegado a este punto, la principal preocupación de los miembros de la pareja era el dolor que su ruptura supondría para su único hijo, pero se muestran incapaces de hablar con el pequeño y exponerle los motivos de su decisión. Mientras tanto, de cara a la sociedad, éstos se seguían comportando como marido y mujer, representando en público el papel de esposos bien avenidos, a pesar de que la separación de cuerpos y de almas entre ellos era un hecho irreversible.

En este drama de desamor y de abandono, encontramos a Misako, una mujer atractiva y diplomática que encarna impecablemente el papel de perfecta esposa, aunque sin hacer ostentación del mismo, en esta representación. Ella es consciente de la imagen dual que puede proyectar ante los demás: por un lado, una fémina intachable y comedida; y por otro, frívola y disoluta que lleva una vida disipada junto a su amante. Una mujer marcada que está abocada a interpretar este rol por las dificultades por las que atraviesa su matrimonio. Al desmoronarse su relación, sufre enormemente ante la indiferencia de su marido que la aparta completamente de su vida. Su reacción ante su frialdad es buscar el amor en brazos de otro hombre. Hubiera bastado un simple gesto, una mera palabra para retenerla a su lado. Esperó a que él luchara por recuperarla de algún modo, le implora su ayuda, pero éste se muestra distante y absolutamente insensible. En muchos aspectos, Misako es una mujer frágil e indecisa que no se decide a romper con su esposo y marcharse definitivamente con su amante; pues, en gran medida, tampoco tiene ninguna garantía con respecto al porvenir con su nueva pareja: "Misako y Aso no se han hecho ninguna promesa de seguir queriéndose siempre. Aso dice que no puede prometer nada porque no sabe lo que puede ocurrir". En esta representación, Misako lleva puesta una máscara, que esconde bajo su superficie un sinfín de incertidumbres y contradicciones, postergando también ella misma una decisión inevitable. Frente a esta desdichada mujer, encontramos la poderosa presencia de Luoise, una hermosa cortesana que trabaja en una casa del placer de la ciudad de Kobe, oscuro objeto de deseo de Kaname. Éste siempre se muestra débil ante su poderoso hechizo: "Kaname no había acudido nunca a un lugar fijo ni a una mujer fija para sus devaneos, pero desde hacía dos o tres años,

dedicar sus atenciones sólo a Louise se había convertido en costumbre, quizás porque la consideraba la más apropiada para ofrecerle lo que su mujer no podía darle y borrar la prolongada soledad de sus noches”. Esta muchacha euroasiática, de apenas veinte años, que según se comentaba era hija de un ruso y una coreana, se inventó un pasado y rodeó su existencia de un deslumbrante halo de misterio. La indecisión, rasgo característico de la psique del protagonista, se observa igualmente en su vinculación con esta experta en las artes del amor. Él vacila constantemente ante la idea de continuar o acabar su romance con esta mujer, al igual que le había pasado anteriormente con su relación con una geisha. Sumergido en un mar de dudas, el protagonista se plantea, tras cada una de sus visitas, si realmente desea seguir viendo a esta muchacha, pero termina siempre retornando a su lado. El contacto con su piel se ha convertido en una fuerte adicción de la que no puede liberarse. Su diabólica presencia y su perturbador encanto obsesionan su mente en una extraña mezcla de fascinación y distanciamiento a la vez: “Pero por mucho que quisiera pensar en ella como un bonito animal de piel suave, Kaname encontraba en aquel cuerpo, secretamente, la gozosa exhuberancia de ciertas estatuas lamaístas; estaba tristemente convencido de que no sería fácil romper aquellas relaciones que involuntariamente se habían hecho profundas”. El protagonista nunca se decide a terminar su relación con la joven, pues ésta se ha transformado en su principal vía de escape ante cualquier situación conflictiva.

Igualmente, en esta obra, sobresale la inquietante figura de O-hisa, la concubina del padre de Misako, una sumisa y abnegada muchacha de Kyoto. Es una joven instruida en las artes tradicionales del país del Sol Naciente que tiene unos veintidós o veintitrés años. Ésta se ha convertido en un objeto decorativo más, una exquisita pieza de porcelana, una curiosa marioneta del teatro tradicional japonés como las que colecciona este viejo caballero. Su protector le prodiga su afecto como el mejor de sus tesoros y pone todo su empeño en refinarla, a fin de que a su muerte pudiera elegir marido con facilidad. Viste siempre prendas que la avejentaban para que su relación con su amante pareciera menos desigual. Esta muchacha se siente aburrida de su unión sentimental con su benefactor por sus insufribles manías y sus continuas pláticas. Misako la

detestaba vivamente y su sola visión junto a su progenitor se le hacía insoportable: “En aquellos momentos no consideraba que se tratase de su padre, sino de un viejo verde que le resultaba repulsivo”. Asimismo, Kaname se muestra incómodo ante la presencia de su suegro con esta joven. En alguna ocasión, el protagonista manifiesta cierta atracción por esta mujer, inconscientemente, queriéndola para sí.

Entre los personajes masculinos de esta historia destaca el padre de Misako, un maduro diletante, un hombre de mundo, que está cercano a los sesenta años. Es una persona refinada y apegada a la tradición que reside tranquilamente en su retiro de Kyoto. Aparece en esta obra como un elegante señor de mentalidad conservadora, viudo desde hace tiempo y aficionado al teatro de marionetas, que convive con su concubina. De su suegro, el protagonista expresa lo siguiente: “(...) El otro día leí en alguna parte que cuando a los hombres, de jóvenes, les gustan demasiado las mujeres, al llegar a viejos se convierten en coleccionistas de antigüedades. Los cuadros y los juegos de té pasan a ocupar el lugar del sexo”. Es un caballero de la vieja guardia que no logra entender la fascinación que ejercen las modas occidentales en su hija y en su yerno. Asimismo, vislumbramos en esta historia al personaje de Aso, amante de Misako y uno de los vértice de este complejo triángulo. Este hombre es una figura en la sombra que nunca se describe físicamente. Es una imagen lejana, cuyas palabras sólo se insinúan a través de los comentarios que hace la esposa del protagonista, a quien conoce haciendo un curso de francés en la ciudad de Kobe. Éste se encuentra con esta mujer, dentro de esta relación paralela, con relativa frecuencia en esta última localidad. No es partidario de hacer promesas a su pareja hasta que ella no tome una decisión definitiva sobre su matrimonio: “(...) Éste se hacía cargo de la situación y la aceptaba, pero prefería que Misako se mostrase en público lo menos posible y, naturalmente, iba a gustarle muy poco enterarse de que ella y Kaname habían ido juntos al teatro sin ninguna razón especial, nada menos que en el corazón del centro más concurrido de Osaka”. Igualmente, destaca en esta obra la figura de Takanatsu Hideo, primo de Kaname, un hombre de negocios, que estaba divorciado de una antigua geisha, quien le insta para que tome una determinación y ponga fin de una vez a esta farsa. Cuestiona los motivos de los

esposos para dilatar esta absurda situación y asimismo pone en duda los fundamentos que sustentan la relación que une a Misako con su amante. La mentalidad pragmática de este personaje se contrapone con el idealismo del protagonista y cree que éste nunca terminará de divorciarse de su consorte. Finalmente, encontramos al pequeño Hiroshi que presiente el fracaso del matrimonio de sus padres. El protagonista se atormenta pensando constantemente en la manera de explicarle a su hijo los motivos de su ruptura: “(...) Ni él ni Misako tenían culpa, le diría Kaname; la culpa era de esos convencionalismos pasados de moda”. El menor es consciente del desmembramiento de su núcleo familiar, lo que crea en él profundos sentimientos de angustia y de incertidumbre. En un viaje con el primo de su padre a Tokio, éste se adelanta a los acontecimientos e informa al niño de la intención de sus progenitores de acabar con su unión matrimonial.

La búsqueda de la mujer eterna

El protagonista, un hombre absolutamente insatisfecho, intenta encontrar un ideal de mujer que existe únicamente en sus sueños. Éste desea hallar una fémina que satisfaga todos sus deseos y exigencias sin poder alcanzarla nunca. Su prototipo de mujer perfecta aparece expresado claramente en estas líneas: “Lo que hay en mi imaginación es una mujer moderna, inteligente, evolucionada, que tenga un poco de cortesana”. Kaname tiende a idealizar a la figura femenina y esta fascinación comienza desde su temprana edad con el recuerdo de una bella y pálida joven que tocaba el shamisen², cuya imagen pervive en su memoria. Asimismo, este personaje se debate entre concebir exclusivamente a la mujer desde una óptica puramente física o admirarla como un símbolo de devoción religiosa: “Para Kaname la mujer era o un juguete o una divinidad, y la verdadera causa del fracaso de su matrimonio era que no había encontrado en Misako ni lo uno ni lo otro”. Igualmente, esta íntima persecución de un ideal estético se aprecia en el siguiente fragmento: “(...) Se sentía atraído por naturaleza hacia cualquier cosa que además de ser bella, amable o atractiva, estuviese envuelta en una aureola poco menos que sagrada, que inspirase veneración. Algo ante lo que uno se sintiese impulsado a arrodillarse o que fuese capaz de elevarle hasta los cielos. Kaname perseguía ese ideal no sólo en obras de arte sino también en la mujer”.

Kaname es incapaz de amar porque lo que está buscando habita exclusivamente en su imaginación, convertido en una fantasía irrealizable. En su búsqueda de un imposible, se siente atraído por la mentalidad de su suegro y el tipo de relación que mantiene con su amante: “Una mujer con ideas propias y sensibilidad acaba, con el tiempo, por volverse molesta y desagradable; es mejor, por tanto, enamorarse de una que pueda ser amada simplemente como una muñeca. Kaname no se hacía muchas ilusiones acerca de sus posibilidades de imitar al viejo, pero al considerar su propia situación familiar, el conocimiento de su perpetua continencia y su eterno desacuerdo consigo mismo, la vida del viejo -allí en Awaji, equipado como un muñeco en escena, acompañado por una muñeca, en busca de una muñeca antigua- le hablaba de paz espiritual, de una profunda serenidad conseguida sin esfuerzo. ¡Si pudiera seguir el ejemplo del viejo!, pensó Kaname”. Asimismo, el protagonista alberga en su interior la esperanza de encontrar algún día una mujer como la joven concubina del maduro diletante: “La O-hisa que buscaba en su sueño secreto podía no ser O-hisa sino otra más cercana al tipo O-hisa que la misma O-hisa. Y pudiera aún ocurrir que esta última O-hisa no fuese más que una muñeca, una muñeca inmóvil en la oscuridad de una habitación tras el arco de un escenario. Una muñeca podría bastarle”.

Delicado sentido del erotismo

El erotismo, elemento determinante en la narrativa de este autor, se muestra en esta obra a través de deslumbrantes imágenes, llenas de sensualidad y deseo, como la manera de recogerse el cabello de O-hisa frente al espejo, la forma insinuante de una boquilla dorada dispuesta sobre unos labios femeninos y el maquillaje corporal que extiende Louise en toda su anatomía, impregnando la piel de Kaname como señal indeleble de su aventura. El aroma de este cosmético, persistente y difícil de erradicar, queda impreso en su cuerpo, en su ropa y hasta en la habitación de su casa tras cada una de sus visitas. Esta delicada fragancia se convierte en el símbolo de la obsesión del protagonista por su amante y demostraba que esta mujer le atraía mucho más de lo que él quería admitir: “(...) Mientras estaba todavía en el taxi, levantó la mano derecha hasta su nariz: no sabía por qué razón el perfume de Louise penetraba más profundamente en la palma de la mano derecha y permanecía

hasta el último momento del baño. Últimamente había decidido no lavársela, y regresaba a casa con aquel voluptuoso secreto encerrado en la mano”. Igualmente, este escritor nos ofrece en esta obra deslumbrantes retazos de deseo como son la visión de la piel de una mujer que se insinúa a través del pliegue de un vestido, los incitantes movimientos de una joven cortesana y la seductora forma de unas uñas que se vislumbran a través de unos guantes de color zafiro.

La permanente confrontación entre las luces y las sombras

El eterno combate entre las luces y las sombras se convierte en un factor trascendental en esta obra. Esta sutil batalla se muestra, en las páginas de esta novela, por medio de fascinantes metáforas, dotadas de sorprendente belleza, como la siguiente: “A pesar de la oscuridad que llenaba el interior parecía que en el jardín lucía todavía la última claridad de la tarde, y las hojas de los plátanos, a través de la alta ventana enrejada, daban un reflejo verde más claro y más fresco que a pleno día, como a través de una seda”. Este delicado juego visual crea tenues ambientes que dejan en este singular escenario rincones llenos de claridad y otros en penumbra. Asimismo, éste se convierte en un componente esencial que desvela la voluptuosidad de los cuerpos en una sensual danza de los sentidos: “Las persianas estaban cerradas y la luz de aquel mediodía de verano en ciernes se filtraba entre las rendijas envolviendo la estancia en un velo encarnado que parecía reflejado por cristales de colores y que apenas dejaba ver el contorno de los objetos y coloreaba de matices rosados el cuerpo empolvado de aquella diosa del placer”. La importancia de este significativo elemento, que alumbra y difumina los ambientes de esta novela, se observa en estas líneas: “Para Tanizaki, el seductor límite entre las culturas de Oriente y Occidente siempre vino marcado por una evidente distancia en el empleo de la luz”³.

Conclusiones

En esta difícil confrontación entre el este y el oeste, asistimos, a lo largo de la novela, al cambio de mentalidad de Kaname que se siente atraído gradualmente por la cultura de la región de Kansai, una fascinación que surge tras observar el estilo de vida de su suegro y su gusto por las artes

milenarios de Japón. De esta manera, el novedoso influjo de Occidente se va desvaneciendo de su mente ante la poderosa presencia de la tradición del país del Sol Naciente.

El protagonista, al final de la obra, se decide a hablar claramente a su suegro de sus verdaderas intenciones y le envía a éste una carta, redactada sin acusaciones y sin disculpas, donde le expone las razones para divorciarse de su hija. Su padre político se niega a aceptar los motivos para la disolución de esta unión y se muestra en completo desacuerdo. Éste se siente contrariado y asombrado ante sus palabras y le comenta lo siguiente en una misiva que le remite: "(...) No hay modo de expresar, me temo, la vergüenza y el remordimiento que siento". En esta nota le pide a la pareja que se reúna con él inmediatamente para hablar de esta cuestión, mientras concentra toda la culpa en su hija, según su óptica, por su desvergonzado comportamiento al buscar un amante. En ese momento, el protagonista experimenta auténtica pesadumbre, pensando hasta qué punto había alejado a su mujer de su vida, convirtiéndola en una extraña. Siente tristeza, pero no arrepentimiento ante el final de su unión: "(...) comprendió que incluso aquel matrimonio sin vida, como el lustre de la madera que se ve por la mañana y se recuerda día y noche, era algo tan próximo y familiar que seguiría desgarrándole después de desaparecido". Previamente, su primo, en una de sus cartas, había criticado la falta de resolución de los esposos y le recomienda a Misako que lleve una vida independiente lejos de Kaname para que olvide su desgraciado pasado, pues cada uno de ellos debe encontrar la felicidad alejado del otro. En su última misiva les aconseja que se separen y prefiere no inmiscuirse más en su relación para que ellos tomen sus propias decisiones. Reprocha la volubilidad del protagonista y le gustaría volver a verla convertida en feliz esposa de un nuevo marido. En una nota que Misako le había dirigido anteriormente a éste, considera que su consorte le ha dado demasiada libertad y desearía no haber conocido a su amante. Días más tarde, los esposos se reúnen con el maduro caballero en su casa de Kyoto. Ambos han decidido acudir juntos a esta reunión para pedir el consentimiento paterno para poder disolver su matrimonio. El esteta se encuentra en primer lugar con su yerno. Le comenta que también él vivió largas etapas de distanciamiento con su mujer, la cual aceptaba sus devaneos amorosos con total resignación. Éste

intenta hacerle comprender la necesidad de salvar su unión a toda costa y no quiere oír hablar de la palabra separación. Se queja de la excesiva liberalidad de la juventud moderna y considera que su idea de “relación abierta”, dejando a su esposa la libertad de buscar una nueva pareja, ha sido un profundo error. Además, se lamenta de las complicaciones del mundo contemporáneo y las dificultades de esta época de grandes cambios. Cree firmemente que la situación entre los esposos se puede reconducir y que la paz terminará reinando en su matrimonio. A continuación, el padre intenta presionar a su hija, manteniendo con ella una conversación en privado. Kaname considera que su suegro tiene un plan preconcebido, al alojarlos en su vivienda, para acercar sus distantes posiciones, a pesar de que la relación entre los esposos está totalmente rota.

Este libro, de final abierto, concluye con la sublime y evocadora imagen de una mosquitera, situada en una de las habitaciones de la casa del diletante, que es impulsada en la oscuridad por una ráfaga de viento. En este pasaje, Kaname se introduce indolentemente en el lecho bajo este ondeante lienzo y observa el ambiente que le rodea. Previamente, este personaje le ha pedido a la concubina de su padre político que le traiga unos libros antiguos para leer antes de dormir. Éste advierte, entre las sombras, en un rincón de la estancia, la figura de una muñeca que es en realidad una marioneta femenina, que el viejo diletante buscaba en la isla de Awaji, en la prefectura de Hyôgo, para poder contemplarla luego, para su único placer, en su residencia. Debajo de esta vaporosa tela se dibuja el inquietante mundo de los sentidos a través de la luz de una bombilla que ilumina este espacio evanescente, mientras el resto del recinto permanece en penumbra. En este universo sensorial destaca el olfato, con el tenue perfume del incienso que se extiende por la atmósfera de la estancia; el oído, con el suave rumor de la brisa; y la vista, con la contemplación del enigmático y pálido rostro de O-hisa que se acerca lentamente, en medio de las sombras, desde el fondo de la habitación hasta el lugar donde se encuentra el protagonista. Al comparar estas dos imágenes, por un lado la cortesana y por otro la marioneta, este hombre advierte el atractivo y la sensualidad de esta joven, a quien ya no contempla como una simple muñeca de delicados gestos, cuya visión permanece difuminada por la red de la mosquitera. Esta insinuante escena, llena de

delicado erotismo, resume la idea fundamental de esta obra: el reconocimiento por parte de Kaname, tras muchas vacilaciones, de la pervivencia de la tradición.

Entre los temas que aborda esta novela destaca la falta de determinación de los esposos, factor trascendental en el comportamiento de sus protagonistas que se niegan a poner punto final a esta desdichada situación. Así, la indecisión de Kaname se observa claramente en el siguiente fragmento: “(...) Tener por compañera toda la vida a una mujer con la que no experimentaba ni la mitad -ni la cuarta parte- del voluptuoso abandono que sentía al abrazar a una mujer de una nación distinta y de una raza distinta, a la que, por así decirlo, sólo encontraba de vez en cuando a lo largo de su existencia, ¿no era acaso un intolerable despropósito?”. Otro elemento fundamental en esta historia es la incomunicación que ha llevado a los miembros de la pareja a una situación sin salida: “(...) cuando estamos solos frente a frente no llegamos nunca a decirnos lo que pasa en nuestro interior, lo que deberíamos decir. Hemos llegado hasta un determinado punto, pero después lo dejamos, porque no estamos seguros de poder contener las lágrimas”. Los esposos únicamente se muestran sinceros cuando expresan sus sentimientos ante la presencia del primo de Kaname. Delante de éste, los miembros de la pareja abandonan sus máscaras y se comportan realmente tal y como son. Además, en esta obra, cuyo título está sacado de un proverbio japonés que alude a la diversidad en materia de gustos, el autor nos ofrece su visión sobre las diferentes formas de concebir el amor: la pasión sexual encarnada en la belleza indómita y sensual de Louise, la unión matrimonial formada por los protagonistas que han perdido cualquier tipo de atracción física el uno por el otro y la desigual relación sentimental, admitida socialmente, que une al maduro diletante con su joven concubina. Junto a éste se encuentra el desamor simbolizado en la imagen de los esposos que han decidido mantener las formas en esta particular mascarada, mientras buscan el placer en otros cuerpos. Asimismo, aspecto esencial en esta obra, como lo es en *La llave*, otro de los libros de este autor, es el concepto del matrimonio, al que el escritor aborda con sutil ironía. Estos dos libros tienen en común la presencia de personajes masculinos que viven envueltos en un mundo de ilusiones y la existencia de triángulos sentimentales. Destaca también en esta novela la

aguda percepción del autor sobre el mundo de la mujer y su magistral visión de la psicología femenina. Igualmente, factor de especial trascendencia en esta historia es la extinción del deseo entre los miembros de la pareja que se dibuja magistralmente en las siguientes líneas, donde la indiferencia del protagonista se convierte en un símbolo de refinada crueldad: “Kaname, que estaba en pie ciñéndose la faja, bajó la mirada hasta la nuca de Misako, arrodillada ante él con un manto negro sobre su regazo; iba atándole el cordón y el pasador destacaba con un trazo negro contra el blanco de su mano. De vez en cuando, mientras se esforzaba en introducir el pasador por su sitio, las puntitas de sus uñas recién pintadas se encontraban produciendo un ligero chasquido. Tal vez sabría ella por experiencia la clase de emociones que la ocasión podía despertar en él porque (...) seguía su tarea de modo sumamente preciso e impersonal. Aquello hizo, sin embargo, que al mirarla una especie de muda pena naciese en él, sin temor ya a que sus ojos se encontrasen. Contempló la curva de su espalda, la suave redondez de sus hombros, que se insinuaban bajo el transparente kimono, y allí donde la falda del kimono se entreabría pudo ver un par de centímetros de sus piernas por encima de su calcetín (...). Su piel, a esas rápidas ojeadas furtivas, parecía más fresca y más joven de lo que correspondía a sus casi treinta años, y, si hubiese pertenecido a la esposa de cualquier otro hombre le hubiese parecido hermosa e incitante. Incluso a veces, en la noche, sentía cierto deseo de estrecharla entre sus brazos, de acariciarla como en aquellas primeras noches después de la boda. Pero lo triste era que desde aquellas primeras noches su piel había perdido todo poder de atracción para él. El secreto de su juventud y fragancia podía estar en el hecho de que él la había forzado a llevar una especie de existencia de viuda: este pensamiento le producía en aquel momento más bien extraña frialdad que pesadumbre”.

En esta lucha entre tradición y modernidad, se observa el distanciamiento entre la nueva generación, influida fuertemente por los valores llegados de Occidente, y la de sus progenitores que sigue las antiguas costumbres japonesas. Así, Misako es una mujer moderna que viste a la manera occidental, se maquilla en público, provocando la ira de su padre, lee traducciones de libros extranjeros y siente fascinación por el Jazz. Además, lo más significativo de todo es que ha

comenzado a defender su propia autonomía sexual al tener un amante con el que se reúne regularmente. Por su parte, Kaname se siente seducido en un principio por las innovadoras corrientes foráneas, lo que se ejemplifica en esta frase: “Todo lo nuevo le entretiene mientras no deje de parecerle nuevo”. Su atracción por lo occidental se demuestra en su fascinación por el natural color moreno dorado de la tez y el pelo rizado de la voluptuosa Louise o en su deseo de ir a Europa, viaje que nunca llega a realizar, creando siempre obstáculos imaginarios para evitar emprenderlo. Después, se irá acercando poco a poco a los antiguos valores de su país natal. Asimismo, al igual que el autor de esta novela, la pareja protagonista abandona Tokio, después de su matrimonio, para trasladarse a la más conservadora zona de Osaka. Kaname rechaza inicialmente la mentalidad de su nueva ciudad y le disgusta su tradicionalismo. Este choque en la manera de entender la vida en estos dos puntos geográficos se observa claramente en estas líneas: “El habitante de Tokio es reservado por naturaleza, totalmente distinto del de Osaka, tan campechano que traba con facilidad conversación con desconocidos en el tranvía (...). Una tal conducta es considerada en Tokio descortés y grosera; el comportamiento en sociedad se cuida mucho más en Tokio que en Osaka. Sin duda”. En cambio, su suegro, que también es de la capital, se siente totalmente subyugado por la cultura de esta región del Japón.

Singular importancia posee en esta obra la imagen del *bunraku*, nombre genérico por el que se conoce al teatro de marionetas de Japón, aunque el término más específico para referirse al mismo es el de *ningyô jôruri*. La palabra *bunraku* proviene del nombre de Uemura Burankuken (1737-1810), quien estableció un pequeño teatro de este género en Osaka en 1805, y se emplea para mencionar tanto al edificio como a la compañía que representa estas piezas. Éste se caracteriza por la unión de tres componentes diferentes: el manejo de los títeres que reciben en japonés el nombre de *ningyô*, el tipo de recitación denominado *jôruri* y la música del shamisen. Los títeres están compuestos de una cabeza, el cuerpo, los brazos y las piernas. Las marionetas que representan mujeres carecen de extremidades inferiores, pues los kimonos eran tan largos en tiempos pretéritos que no dejaban ver dichos miembros. La cabeza, que está insertada en una

varilla que se coloca a través del torso de la marioneta, es desmontable, al igual que los brazos y las piernas. Los títeres suelen tener entre la mitad y dos tercios del tamaño natural de una persona. Además, para manejar con precisión los personajes importantes se necesita del empleo de tres especialistas, actuando al mismo tiempo, una circunstancia que lo diferencia de cualquier otro tipo de manifestación artística de este género. Para los papeles secundarios una persona basta para operar con los mismos.

Durante su infancia, a pesar de las privaciones económicas, los padres de este escritor le llevaban a menudo a representaciones teatrales, fomentando su interés por la escena y las artes plásticas tradicionales. En esta novela destaca el pasaje en que el protagonista recuerda con nostalgia el momento en que su madre le conduce, a muy temprana edad, a ver una obra de teatro en Tokio y rememora las distintas sensaciones que experimenta en su visita a este lugar. Este instante le retrotrae a la imagen feliz de su niñez. Además, este tipo de manifestación escénica se convierte en una metáfora de la propia realidad en la que viven los esposos. Así, al comienzo de este libro, los miembros de la pareja asisten a una representación de *bunraku* en la ciudad de Osaka. En este caso, los títeres ayudan a explicar la desdichada relación que existe entre Kaname y su mujer al plantear un paralelismo entre éstos y las figuras del desventurado Jihei y su esposa O-san en la obra *Suicidio de amor*. El fragmento que se recita en la representación “¿Por qué estoy tan sola? ¿Acaso he alimentado en mi pecho a una serpiente o a un demonio?” se convierte en un símil para referirse al ocaso de su unión matrimonial y la desaparición del deseo sexual entre los miembros de la pareja. Al mismo tiempo, se establece una comparación entre el personaje de O-hisa y la imagen de la marioneta que representa a la geisha Koharu, en esta misma pieza teatral, en los siguientes términos: “(...) Se fijó en O-hisa. Su rostro estaba un poco ladeado de modo que el perfil de su mejilla se dibujaba redondo (...) como el de una belleza cortesana en una pintura sobre pergamino. Comparó su perfil con el de Koharu. Algo en su lenta expresión adormilada le hizo pensar en ambas como en una sola...”.

El estilo narrativo de este autor es impecable y sutil. Su lenguaje es cuidadoso, preciosista y sugerente. Destaca la capacidad de este escritor para representar ambientes, sorprendiendo al lector con la delicada atmósfera que envuelve una habitación decorada al estilo japonés, el fascinante interior de la sala de un teatro de marionetas en una de sus representaciones o el singular aroma que impregna el camarote de un barco en su trayecto por el Mar Interior del Japón. También, sobresale la magistral forma de describir a sus personajes, tanto física como emocionalmente, y cuya visión le sirve a este novelista como referente para analizar la sociedad de su tiempo. En esta novela Junichirô Tanizaki nos ha descrito, con una gran profundidad psicológica, las dudas y dilemas de sus personajes, mostrando con gran sensibilidad la insondable distancia que existe entre el universo de las ilusiones y la visión de la realidad. Así, nos ha mostrado la indecisión de Kaname, sus miedos y sus incertidumbres, el profundo dolor de su esposa ante su abandono, la intranquilidad del pequeño Hiroshi ante el desmoronamiento de la unión de sus padres y la imperturbabilidad de su suegro que vive en un mundo anclado en el pasado. Entre Oriente y Occidente, la tradición y la modernidad, el amor y el desamor, lo permanente y lo efímero, las luces y las sombras, esta obra maestra de la literatura japonesa nos ha relatado con intensidad el crepúsculo de la pasión entre los miembros de una pareja que contemplan impasibles el ocaso de su relación matrimonial, mientras se despojan lentamente de sus máscaras ante el final de esta cuidada representación.

El autor de la novela

Junichirô Tanizaki nació el 24 de julio de 1886, en Tokio, en el seno de una familia de trabajadores de las artes gráficas. Comenzó a estudiar Literatura Japonesa en la Universidad Imperial de la capital de Japón, simultaneando su formación con una vida bohemia y disipada. Su primera obra publicada fue una pieza teatral en un acto, aparecida en 1909, en una revista literaria fundada por él mismo. En 1910 abandona sus estudios como consecuencia de la ruina económica de su progenitor. El autor se dio a conocer muy pronto por sus textos en la publicación *Nuevo Pensamiento* (Shinchô). Igualmente, colabora en la revista *Literatura de Mita*, junto con Nagai Kafu, Satô Haruo y Kubota

Mantaro. Sus primeros cuentos, entre los que destaca especialmente *El tatuador* (1910) reflejan la influencia de Edgar Allan Poe, Oscar Wilde y Charles-Pierre Baudelaire. En este relato, con el que consiguió un gran prestigio, se presenta a un joven que se siente atraído por la piel de una muchacha y a quien convence para hacerle un tatuaje en la espalda. Éste le diseña una araña que se convierte en el símbolo de su crueldad interior. Los temas morbosos continuarán en *El demonio* (1912) y *El asesinato de Otsuya* (1915). Como ya se ha comentado, tras el terremoto de 1923, abandona Tokio y se traslada al área de Osaka. La diferencia de mentalidad entre la capital japonesa y el conservadurismo que se vivía en su nuevo lugar de residencia supuso una importante transformación en su obra, pues los aspectos tradicionales de la vida japonesa y el conflicto Oriente y Occidente toman una mayor relevancia. De esta situación nace el hondo dramatismo que determina su producción desde finales de la década de los años veinte. A partir de este momento, inicia un período literario cercano al esteticismo, donde los temas eróticos tienen especial trascendencia. Asimismo, su interés por la cultura occidental se transforma debido al conocimiento y adaptación al japonés moderno de una de las obras cumbres de la narrativa de esta nación *El relato de Genji*, creación de Murasaki Shikibu, tendiendo desde ese momento a la investigación de las formas clásicas de la literatura de su país. Su producción posterior a la Segunda Guerra Mundial señala una vuelta al erotismo de sus comienzos. Igualmente, tras la conflagración, se convirtió en el exponente más destacado de las inquietudes culturales, éticas y estéticas de los mejores hombres de su tiempo. Entre sus obras destacan: *Naomi* (1924); *El amor de un idiota* (1925), en el que fusiona elementos orientales y occidentales; *Relato de un ciego* (1931); *Historia de Shunkin* (1933); *La historia secreta del señor Musashi* (1935); *Las hermanas Makioka o Nieve ligera* (1943-1948); *La madre del capitán Shigemoto* (1949); *La llave* (1956); y *Diario de un viejo loco* (1961-1962). En su producción tiene especial importancia el magistral ensayo titulado *El elogio de la sombra* (1933-1934), en el que analiza las principales nociones estéticas de la cultura japonesa. Igualmente, escribió un gran número de relatos, algunos publicados bajo el título de *Cuentos crueles*, realizó guiones cinematográficos y redactó en 1934 un manual de estilo literario. En 1937 fue designado miembro de la Academia Japonesa de Arte, en 1947 recibiría el premio Mainichi de Cultura Editorial

y en 1949 se le otorga el premio Imperial de Literatura. El novelista falleció en Yugawara, Kanagawa, el 30 de julio de 1965.

La obra de este escritor se caracteriza por su delicado erotismo y su ironía. Igualmente, aborda en sus libros la confrontación entre los antiguos valores tradicionales y las nuevas tendencias importadas de Occidente, así como la búsqueda literaria de la mujer eterna. Este autor es uno de los escritores del país del Sol Naciente más traducidos y uno de los máximos exponentes de la literatura japonesa del siglo XX.

Bibliografía

GOLLEY, Gregory L.: "Tanizaki Junichirô: the Art of the Subversion and the Subversion of Art".

Journal of Japanese Studies, 1995, v. 21, n. 2, pp. 365-404.

PETERSEN, Gwenn Boardman (1979): *The moon in the water: understanding Tanizaki, Kawabata and Mishima*. Honolulu: University press of Hawaii.

RODRÍGUEZ DE LA ROBLA, Ana: "Tanizaki y el erotismo en Oriente", *Lateral: revista de cultura*, 2002, n. 90, p. 31.

¹ Esta región comprende las prefecturas de Nara, Wakayama, Mie, Kyoto, Osaka, Hyogo y Shiga.

² Instrumento tradicional de cuerda japonés.

³ Rodríguez (2002), p. 31.